

LA LLUVIA SOBRE LA SEDA

JOSE TOVAR



Jerusalén, año 30. María Magdalena acude al sepulcro de José de Arimatea antes del amanecer, donde fue depositado el cuerpo de Jesús tres días antes, para ungirlo por la imposibilidad de hacerlo tras su crucifixión ante la llegada del Sabbat, día sagrado para los judíos. Mientras, sus discípulos siguen ocultos tras los últimos y dolorosos acontecimientos.

Pero al llegar, María descubre que el cuerpo ha desaparecido. ¿Habrá regresado realmente Jesús de entre los muertos? ¿Qué ha ocurrido realmente con él?

Ante los misteriosos hechos, nadie parece tranquilo: el Sanedrín lo buscará; los romanos lo buscarán; sus seguidores, así como sus detractores, querrán conocer la verdad, cada cual por una razón diferente, y que intentarán ocultarse unos a otros.

¿Cuál fue el verdadero mensaje del Maestro que nadie pareció entender?

La lluvia sobre la seda: una fascinante aventura a través de maravillosos paisajes en los que sus protagonistas conocerán sus límites hasta hallar la verdadera razón de su existencia. Un viaje sin retorno por desconocidas tierras en busca de la verdadera libertad.

La lluvia sobre la seda

© Jose Tovar, 2017

© Fotografía del autor: Studio Lucena Elche
www.fotolucena.com

Ediciones Letra de Palo, S.L.
www.letradepalo.es
editorial@letradepalo.es

Diseño de portada: Letradepalo y Jose Tovar
Maquetación: Letradepalo

Edición electrónica:
ISBN: 978-84-15794-43-1

Letradepalo apoya la protección del *copyright* y la cultura sin restricciones. Por eso este ebook no lleva protección DRM. Por favor, no facilite su copia o distribución, de esta forma apoyaremos todos la libre creación de los autores. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro.

AGRADECIMIENTOS

Nunca llegué a imaginar cuando empecé a escribir esta novela hace ya tantos meses que nunca llegarías a tenerla entre tus manos para darle tu aprobación. Los cafés que compartimos mientras me instruías sobre el contexto histórico en el que se desarrolla sirvieron ante todo para disfrutar de tus enormes conocimientos sobre las costumbres y normas del Imperio Romano, y su influencia en las provincias por las que extendía sus dominios. Fueron, sin duda, momentos inolvidables e irrepetibles. A ti te debo haber podido integrar en una trama que te oculté desde el principio, algo que entendiste a la perfección, las complejas formas de desplazarse por el mundo conocido durante la época de Cristo, cómo se movían de un lado a otro sus ciudadanos, transportaban sus mercancías o comerciaban con ellas. Me enseñaste a conocer un poco mejor la difícil forma de vida en un periodo tan complicado e inestable como aquel. Por eso, esta novela es principalmente para ti, Manuel Vicente Segarra Berenguer. Espero estar a la altura de tus enseñanzas. Me avergonzaría de lo contrario. Y aunque es obvio que nunca podrás leer estas palabras, gracias desde el fondo de mi alma.

No puedo dejar de dar las gracias a mi familia por soportar mis *ausencias mentales*, que no físicas, cuando estoy metido de lleno en mis mundos de fantasía: Emi, Ana, y por supuesto, a mi padre, un poco ausente de este mundo literario pero siempre orgulloso. Tampoco me olvido de Jose

Martínez sin tilde, que siempre está dispuesto a aguantar sin rechistar mis interminables parrafadas sobre las historias que rondan por mi cabeza y que acaban, muchas de ellas, plasmadas en mis escritos. Tus consejos serán siempre muy bien recibidos. Susana, gracias por tus *imperativos*. Espero haber aprendido la lección. Pedro, tu apellido me sirvió de inspiración.

Mis últimas palabras de reconocimiento y eterno agradecimiento, pero no por ello menos importantes, son para mi editor, Vicente Montesinos, parte indispensable de mi segundo proyecto. Gracias por tu paciencia conmigo y por tu afán de querer mejorarlo siempre todo. Estoy seguro de que con tus reflexiones hemos mejorado el resultado final de *La lluvia sobre la seda*.

Y no quiero dejar de agradecer a todos y a cada uno de los que os habéis decidido por mi novela entre la enorme cantidad de títulos que diariamente aparecen en las librerías de todo el mundo para pasar unas horas de entretenimiento. Significa tanto para un autor desconocido como yo... Deseo de todo corazón poder complacerlos. Sin vosotros, *personajes anónimos* de esta aventura, sería imposible avanzar por este océano de libros. Ahora empieza vuestra labor: juzgad, y si os satisface, recomendad a otros que también lo hagan. Ese será, sin duda, el mejor de los agradecimientos.

Jose Tovar

En tu memoria, Manuel

1

*Día 16 del mes de Nisán. Año 30.
Primer día de la semana¹.*

María, la de Magdala, aún temerosa por los últimos acontecimientos y oculta entre las sombras propiciadas por la hora nona, cruzaba con ligereza por los fértiles campos perlados por la escarcha, mientras miraba constantemente a sus espaldas. El miedo era patente entre los discípulos del Maestro. Jerusalén aún no había despertado, aunque unos tímidos primeros destellos le daban un tono trágico a la mañana. María recordaba cómo esa misma tierra había temblado bajo sus pies apenas tres días antes, ruidosa, como queriendo ocultar el último aliento de su esposo. Por su mente, aún confusa, pasaban constantemente los hechos que tanto dolor le habían causado. Seguía viendo cómo José, tras obtener el permiso de Poncio Pilato y ayudado por el bueno de Nicodemo, principal entre los judíos, descolgaba el cuerpo de Jesús y ella misma, junto a María, la madre desconsolada, lo limpiaba con extremo cuidado. Con enorme aflicción lo vio desaparecer del Gólgota, mientras era trasladado a un sepulcro aún sin estrenar excavado en la roca propiedad de la familia del primero. Solo tres días antes había asistido a la ejecución de su amado. Sin siquiera poder ungir su cuerpo ante la inminente llegada del Sabbath, se disponía a hacerlo justo ahora. Según la Ley judía, estaba prohibido dejar colgado en la cruz a un ajusti-

ciado durante su día sagrado. Por eso se vieron obligados a llevarse el cuerpo de Jesús tan rápidamente antes de la caída de la noche. El contacto con el cadáver les volvería impuros y debían darse toda la prisa posible.

Necesitaba volver a verlo una vez más, asimilar de una vez por todas su pérdida, que su amado ya no era de este mundo y que ahora estaría junto al Padre. Si los soldados que debían vigilar el sepulcro se lo permitían arrastrarían la pesada piedra que cubría la entrada para completar el ritual judío. Apenas unos instantes en los que daría su último adiós al Mesías. No podrían negarse. Nadie debería impedir a una viuda ungir el cuerpo de su esposo. No podrían ser tan crueles. Ya habían tenido bastante con su tortura, flagelación y muerte. Sí, ya habían tenido bastante. Ahora le tocaba a ella disponer de su cuerpo sin vida. Así lo exigiría.

A pocas brazas del sepulcro, y aunque la visibilidad era escasa, pudo apreciar que no había nadie custodiándolo. Buscó con la mirada por los alrededores sin encontrar a nadie. Regresó sobre sus pasos para tener una perspectiva más amplia. Esperó un breve espacio de tiempo que ella consideró suficiente e intentando llamar la atención de quienes debían encontrarse allí por orden expresa de Pilato fue caminando de nuevo hacia la entrada del sepulcro. Nadie, no había nadie ni parecía que lo hubiera habido durante toda la vigilia.

Con la tenue luz de los primeros instantes de la mañana llegó a la entrada, dándose cuenta de que la piedra que debía cubrirla estaba descorrida, mostrando su oscuro interior. Con gran temor, y habituándose poco a poco a la oscuridad, fue avanzando por el sepulcro. Sus pies se enredaron con algo. Lanzó un suspiro y esperó quieta. Bajó la

mirada y vio el lienzo con el que cubrieron al Maestro tras descolgarle de la cruz. Agachándose, lo cogió entre sus manos y suspirando aspiró su aroma. Pero estaba frío. Apparentemente allí no quedaba nada más de Jesús. Las lágrimas humedecieron el sudario mientras lentamente María seguía internándose en el sepulcro. No había rastro de su esposo. Su cuerpo no estaba en el lugar que le correspondía: la tumba de José de Arimatea. ¿Sería posible que se hubiera obrado el milagro? «*En verdad, en verdad os digo, que en tres días volveré a vosotros para completar mi tarea*», repetía Jesús a sus discípulos. No podía ser. Lo estaba comprobando pero no podía creerlo. El sepulcro estaba vacío. ¿Qué podía esperar? ¿Realmente había vuelto Jesús de entre los muertos? ¿Dónde lo encontraría ahora? Eran tantas las dudas que asaltaban su mente que no se percató de que fuera había voces. La boca del sepulcro se oscureció con la silueta de un hombre. Su estruendosa voz retumbó entre sus paredes.

—¿Quién eres? ¿Qué haces? —gritó. De un sobresalto María se giró y se enfrentó a un soldado romano que se acercaba a ella—. Yo te conozco, te he visto antes. ¡Sí, tú eres la esposa del rey de los judíos! ¿Qué habéis hecho con su cuerpo?

—Yo...yo... —empezó a tartamudear, nerviosa—. Acabo de llegar, no sé... lo encontré vacío...

El soldado arrebató el lienzo de las manos de María y agarrándola la arrastró hacia la salida, donde esperaba un compañero. Forcejeando consiguió zafarse de su captor, y encarándose a él le chilló:

—¡Vosotros os lo habéis llevado! No estaba la piedra en la entrada cuando llegué. ¿Cómo iba a moverla yo sola?

—Cállate, loca —le interrumpió abofeteándola—.

Ahora mismo vas a decirnos dónde se esconden sus discípulos.

Y fue lo último que pudo decirle. María echó a correr hacia el cercano huerto para intentar ocultarse de los soldados, mientras uno de ellos se lanzaba a perseguirla.

—Déjala —dijo el soldado que hasta el momento se había mantenido al margen—. Es una mujer. ¿Qué va a saber una mujer judía?

Y aunque ella ya no pudo verlo, el soldado se detuvo cuando vio acercarse por un costado a un anciano. Esperó a que estuviera a su altura y enseguida lo reconoció.

—Tú eres el propietario del sepulcro —le dijo—. Tú debes saber algo.

—Soy José de Arimatea, miembro del Sanedrín, y vengo a comprobar por mí mismo si se ha cumplido su palabra.

—El cuerpo del judío no está. ¿Qué habéis hecho con él?

—Entonces era cierto —suspiró—. El Maestro ha resucitado...

—Eso no es posible —le interrumpió el soldado—. Alguien habrá escondido su cuerpo. Y tú debes saber quién ha movido la piedra, estaba así cuando llegamos.

—Luego no estabais aquí cuando ha ocurrido —sonrió José—. Eso no le va a gustar nada a Caifás. Ni a Pilato. Habéis descuidado vuestra obligación.

—Te equivocas, sacerdote. Las órdenes eran colocar una guardia armada en la puerta al día siguiente de su ejecución. Y eso es lo que hemos hecho. En la primera vigilia la guardia se ha retirado.

—Pero el cuerpo ha desaparecido —insistió el de Arimatea—. Y ahora mismo correrá por todas partes el rumor

que se quería evitar: que Jesús ha resucitado. ¿Cómo se lo tomará el Sanedrín?

Los soldados se miraron y el más decidido se enfrentó de nuevo al sacerdote.

—Ese es tu problema. Es tu sepulcro, es vuestro Consejo. Te llevaremos ante Caifás y tú se lo explicarás.

Autoritarios, empujaron al anciano para llevarle ante el Sumo Sacerdote. La situación era incómoda para todos. La amenaza que suponía que los discípulos robaran su cuerpo parecía haberse convertido en realidad. Y las consecuencias podrían ser desastrosas para mantener el orden en una ciudad como Jerusalén.

El sol ya empezaba a elevarse sobre el horizonte, y aunque la mañana era fría la vegetación se iba desprendiendo poco a poco de ese manto acuoso con el que se cubre durante las horas más gélidas de la vigilia. Los tres hombres empezaron a caminar con paso decidido hacia el templo, donde seguramente se encontraría el Sumo Sacerdote. El silencio se apoderó de ellos y aunque no lo aparentase, en lo más profundo de su alma José de Arimatea temía enfrentarse a Caifás y que éste pudiera descubrir sus verdaderos propósitos.

2

La magdalena atravesó el pequeño huerto en dirección a casa de María, la madre de Jesús, aunque para ello tuviera que dar un pequeño rodeo. No debía correr ningún riesgo en caso de que los soldados decidieran seguirla. Debía evitar a toda costa que descubriesen dónde se ocultaban los discípulos del Maestro. Sus vidas corrían peligro, sobre todo después de descubrir que el cadáver había desaparecido. Con gran esfuerzo llegó a casa de María, pero no la encontró allí. Esperó impaciente con la esperanza de que volviera pronto. Tenía miedo de ir ella sola al encuentro de los discípulos para contarles la nueva, pero pronto comprobó que no tendría otro remedio. Así que se armó de valor y tras asegurarse que nadie le seguía tomó el camino del cenáculo donde aún estaban los once desde la crucifixión. Lo ocurrido les había sobrepasado. El miedo los hizo recluirse hasta que decidieran qué hacer. La muerte de su líder los había desorientado, y la rivalidad que siempre había existido entre ellos se acentuó por encontrarle sustituto. Una rivalidad en la que no entraba Judas. El Iscariote siempre había tenido clara su misión: entregar a Jesús para que su espíritu pudiera ser liberado. Pero cuando los sacerdotes le dieron los treinta denarios con los que pretendían pagar lo que ellos consideraban la traición de su tesorero, éste no pudo soportar la humillación, la confusión y el dolor por la pérdida de su amado Maestro y, tras devolver las monedas, decidió poner fin a su vida. Sin duda, una gran pérdida pa-

ra la continuidad de su mensaje.

Casi sin darse cuenta llegó a la casa. Era una amplia construcción de ladrillo y piedra, con un extraño aspecto de caja cuadrada con un gran patio central. Pertenecía a un amigo de su esposo. Entró sin llamar y de inmediato se dirigió a la planta superior. Volvió a asegurarse de que nadie la seguía y entró en una de las salas. Enseguida comprobó que entre los discípulos se encontraba María, que la miró triste como solo puede mirar una madre tras la muerte de su hijo. La mayoría estaban sentados en esteras sobre el piso, pero todos se alzaron de un salto por el susto de la inesperada entrada de la de Magdala. Juan el Zebedeo, el menor de todos, fue el único que le sostuvo la mirada. Frente a ella y junto a su hermano Juan, Santiago el Mayor, los hijos del trueno, «*Bo-aner-ges*», como el Mesías les llamaba. A su izquierda Felipe, Bartolomé, Mateo Leví el publicano, Simón el Cananeo y Santiago, hijo de Alfeo, junto a su hermano Judas. En el lado opuesto, Simón llamado Pedro y su hermano Andrés. Solo echó de menos a Tomás, que parecía no estar entre ellos. Aunque todos habían rehuido mirarla avergonzados, María empezó a hablar:

—El cuerpo de Jesús ha desaparecido —a lo que siguió un murmullo general. Tras una breve pausa, añadió—: A pesar de todas sus enseñanzas, algunas de las cuales solo compartió conmigo, reconozco que ignoro lo que ha podido pasar...

—¡Qué va a saber una mujer! —se interpuso Pedro—. Seguro que has venido aquí para que salgamos corriendo en su busca. ¡Y éste es el único lugar donde estamos a salvo!

—¿A salvo de qué? —gritó María—. ¿De los sacerdotes, de las patrullas romanas? ¿De vuestra insensata cobar-